

INFORMACIONES

P. F. STRAWSON (1919-2006)
LA REBELIÓN DE SIR PETER
Ciencia y cotidianidad en la tradición analítica

M.E. ORELLANA BENADO

Universidad de Chile y UDP

Para mi amigo Javier Muguerza
y para José Hierro, pioneros analíticos
hispanos

1. Strawson en sus contextos

Por más de un milenio, en Oxford un sinnúmero de maestros ha formado discípulos en esa diversidad de discusiones acerca del conocimiento, lo divino, lo humano y nuestros cambiantes entendimientos de tales conceptos llamada en el lenguaje cotidiano «filosofía». El cultivo de la disciplina pasó allí por un momento espectacular en la segunda mitad del siglo XX, logrando un brillo comparable sólo al de su período medioeval, cuando entre sus maestros destacaron Grosseteste, Roger Bacon, Duns Escoto, Occam y Wyclif.

El catedrático de filosofía metafísica *sir* Peter Strawson fue uno de los tres filósofos de la Universidad de Oxford que mayor estatura internacional tuvieron durante el siglo XX. Integran también la *troika* sus amigos *sir* Isaiah Berlin (1909-1997) y el también catedrático H.L.A. Hart (1907-1992), a quien Strawson describía como «la mente más brillante» que había conocido. *Sir* Peter murió a los 86 años en su Inglaterra natal el lunes, 13 de febrero de 2006. De aquí

arranca la motivación del presente ensayo: contribuir a despertar interés por su obra *in partibus infidelium*.

Dando por descrito ya su contexto institucional, en lo que sigue hago un boceto interpretativo de su obra que entrega algunos elementos adicionales que permiten «ubicarlo» mejor (en ese uso chileno y algo anticuado del verbo que a Strawson le hacía gracia aunque, es de lamentar, no sea recogido por el Diccionario) en un contexto intelectual mayor: la reflexión filosófica acerca de la ciencia. Para ser más exactos, de esa ciencia cuyo nacimiento es usual asociar con Galileo (1564-1642): el deslumbrante conjunto de actividades que con timidez inicial sus pioneros presentaron como «filosofía de la naturaleza»; que cuando consolidó su reputación pidió ser llamado «ciencias físicas y matemáticas»; y que, en nuestros días, algunos de sus partidarios más exaltados, los llamados «científicistas», exigen sea tratado de «ciencia» a secas.

Strawson no desdeñó los logros de la «ciencia a secas». Pero perteneció al bando de quienes se rebelaron en contra de la pretensión científicista según la cual tales logros demuestran que ella es la clave para la evolución del género

humano. Antes de esbozar algo acerca del sentido y contenido de su obra es necesario dar dos pasos atrás en el tiempo.

2. La modernidad, Russell y el triunfo del cientificismo

El primero de estos pasos nos lleva hasta lord Bertrand Russell (1872-1970), el más conocido filósofo inglés del siglo XX y paladín del cientificismo, quien tomando nota de las ideas del matemático italiano Peano (1858-1932) luego de su encuentro de 1900 en París, contribuyó al desarrollo y difusión de la lógica matemática, cuyas raíces se remontan al álgebra del inglés Boole (1815-1864) así como a los trabajos del estadounidense Pierce (1839-1914) y del alemán Frege (1848-1925). Aquí está el origen de la fama de Strawson.

En 1950 publicó «Sobre el referir», la refutación de la más conocida teoría del aristocrático pensador de Cambridge, propuesta casi medio siglo antes y que, hasta ese momento, era idolatrada como un «paradigma de la filosofía» en la tradición analítica. Para apreciar la magnitud del supuesto logro de Russell y, por consiguiente, la audacia de Strawson al atreverse a dudar de él, es necesario retroceder aún más.

En este segundo paso atrás llegamos hasta la temprana validación del cientificismo ofrecida por el también oxoniense John Locke (1632-1704), autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), que fue el filósofo inglés de mayor influencia hasta el siglo XIX. Porque si la modernidad tiene un problema filosófico básico éste es la evaluación de la «ciencia a secas»: ¿cómo entender el conocimiento, lo divino y lo humano a la luz de su surgimiento?

Por decirlo sin tecnicismos y saltándonos la puesta en escena de los adelantos técnicos y científicos tanto de la Alta

Edad Media como del Renacimiento, la pregunta es: ¿qué corresponde entender por «conocimiento» luego del Descubrimiento de América?

Para los europeos América pudo ser un «mundo nuevo» porque nunca la mencionan ni la Biblia, ni los libros de Aristóteles, ni mucho menos aquellos de sus intérpretes. Las ideas del *Ensayo*, tratado que, con perdón del anacronismo, bien pudiéramos llamar también el Manifiesto de la Modernidad en inglés, fueron difundidas en francés y en alemán con singular éxito en el continente durante el siglo XVIII, llamado en su honor «de las luces» por, entre otros, Diderot (1713-1784), Hume (1711-1776), Lessing (1729-1781) y Voltaire (1694-1778).

Una respuesta moderna temprana a la pregunta acerca de qué entender por «conocimiento» después de Colón está en la Epístola al Lector del *Ensayo*. La filosofía se humilla ante los antepasados de lo que hoy denominamos con la palabra «ciencia». Acepta la primacía del conocimiento que deriva de los sentidos, cuando la observación es guiada por teorías que permiten medir y predecir, por sobre el que los medievales creían obtener de la lectura e interpretación de libros sagrados o profanos, por universales, sutiles o angelicales que estas últimas pudieran ser.

Russell radicalizó el diagnóstico de Locke acerca de las relaciones entre filosofía y ciencia. El más celebrado aporte filosófico de Russell es su ensayo «Sobre el denotar» (1905), en el cual analiza cómo funcionan las llamadas «descripciones definidas» (frases de forma «El tal y tal», que pretenden denotar o identificar algo) en proposiciones como «El tal y tal es C». El problema de fondo es cómo podemos hablar acerca del mundo sin saberlo todo acerca de él, tarea en la que las descripciones definidas juegan

un papel análogo al de redes que se arrojan al océano porque unas veces vuelven llenas y otras vacías.

¿Cómo logra la matemático especular acerca de, por dar tres ejemplos, ya sea «La serie que decrece de forma más rápida» o bien acerca de «El mayor número primo» (y probar en ambos casos que no hay tales cosas), o el astrónomo hacer lo propio respecto de «El planeta entre Mercurio y el Sol» (descripción definida que la teoría de la relatividad volvió superflua, aunque hasta su llegada hubo congresos internacionales de astronomía sobre el cuerpo celeste al que se proponía bautizar «Vulcano»)?

Responder este tipo de preguntas era, a ojos del científicismo, un requisito para entender que la ciencia y su lenguaje podían contribuir a descubrir que tales cosas sí existen y que tales otras no existen. Russell propuso una solución basada en un análisis que utiliza la lógica matemática, un lenguaje científico. A comienzos del siglo XX la filosofía parecía quedar en una situación aún más menguada de aquella que Locke vislumbró a fines del siglo XVII. Incluso para avanzar en las labores intelectuales menores, según Locke las únicas propias del filósofo, había que utilizar herramientas científicas. La colonización de la filosofía por la ciencia alcanza aquí su máxima extensión.

Es la hora del científicismo rampante. En el primer tercio del siglo XX, esta posición tuvo varias manifestaciones y en distintos campos. Tal vez la más inocente de todas fue la versión positivista lógica en filosofía, al menos en términos de sus consecuencias para la vida cotidiana. Porque el científicismo tuvo también otras versiones que, evaluadas en esos términos, solo pueden ser calificadas de temibles.

Tal es el caso, por cierto, con las versiones en clave racista y en clave materialista histórica que tan presentes estuvieron

en la política del siglo XX. Para no decir nada de la variante conocida como darwinismo, que aún goza de buena salud en cómo se piensa y actúa en economía. Vale la pena detenerse aquí aunque solo sea para señalar que en este punto, su oposición al científicismo, las obras de Strawson, Berlin y Hart muestran, en la expresión de Wittgenstein, su «parecido de familia».

Cuando los fundadores del positivismo lógico presentaron el manifiesto de su círculo en la Viena de 1929 identificaron a Russell como uno de los principales exponentes de su «concepción científica del mundo». Resulta fácil entender por qué. Él era un pionero en la solución de problemas filosóficos mediante el análisis basado en la lógica matemática. Además, reconocía en la ciencia al tribunal superior y último ante el cual debe comparecer todo lenguaje que pretenda acercarnos a la verdad acerca del conocimiento, lo divino y lo humano.

3. La rebelión de Strawson contra el científicismo

Strawson comenzó su trabajo refutando la teoría de las descripciones definidas de Russell y en abierta rebeldía contra el científicismo. Construyó sobre la concepción «cotidianista» en la tradición analítica cuyo origen la presente interpretación asocia con la conjunción de los aportes de tres figuras anteriores: Ludwig Wittgenstein (1889-1951), el discípulo de Russell y Frege a quien Strawson describe como «un filósofo de genio»; Gilbert Ryle (1900-1976); y su amigo y colega oxoniense J.L. Austin (1911-1960). En su ensayo «Sobre el referir» de 1950, el entonces joven docente del University College (Strawson tenía apenas 30 años cuando fue publicado) rechazó la identificación del

lenguaje humano con un conjunto de proposiciones con formas lógicas determinadas, como pudiera ser una teoría científica.

Cuando una persona usa una descripción definida intentando hacer una afirmación, argumentó Strawson, presupone que con ella podrá hacer referencia a algo. Por así decirlo, que la red lanzada al mundo no volverá vacía. Pero si la presuposición se incumple entonces el análisis que pretenda dirimir sobre su veracidad o falsedad estará demás, por impecables que sean sus credenciales lógicas. Russell había propuesto una elegante solución formal. Pero, era una lástima, el problema que creía resolver con ella, en rigor, no existía.

Strawson, por contraste, contribuyó a formar y difundir un entendimiento del lenguaje humano como una familia de usos, de distintas maneras de hacer cosas, de perseguir los propósitos diversos y plurales que ocupan a los seres humanos tales como afirmar, bromear, convencer, inquirir, ordenar, solicitar y evaluar. La verdad está más relacionada con lo que los seres humanos hacen con los respectivos usos lingüísticos, que con la supuesta forma lógica de las proposiciones. El lenguaje humano es un conjunto de formas de acción diversas que carecen de una lógica exacta.

Aunque vigorosa y polémica, la respuesta del octogenario Russell, el ensayo «El Sr. Strawson sobre el referir» (1957), concede, tal vez de manera inadvertida, el punto central en disputa cuando concluye con él que el lenguaje natural no tiene una lógica exacta. Strawson tuvo también disputas memorables con Austin y con su admirado adversario en Harvard, el destacado lógico y filósofo estadounidense W.V. Quine, cuya prosa él admiraba sin reservas a pesar de que en una oportunidad comentó en voz alta que

era una «pequeña compensación por una metafísica sin poesía».

4. *La valoración de la diversidad humana*

La valoración filosófica de la diversidad humana está en el corazón de la obra de Strawson y es una constante de sus contribuciones a la llamada Escuela de Oxford o filosofía del lenguaje cotidiano (en inglés, *Ordinary Language Philosophy*), una concepción analítica cuyo más conocido sistematizador y divulgador es el catedrático estadounidense John Searle de Berkeley. Una cosa es el lenguaje científico y otra el lenguaje cotidiano. Evaluar uno con los cánones del otro es un ejercicio estéril.

La concepción cotidianista de la filosofía, junto con la ignorada concepción historicista de Berlin (cuyo impacto solo se haría sentir en la generación siguiente con la obra de sus discípulos: G.A. Cohen, Alan Ryan y Charles Taylor), fue la principal rival que tuvo la concepción científicista o positivista en la tradición analítica. Esta última, vale la pena recordarlo, siguió teniendo adherentes en Europa y América incluso luego de la estampida causada en el Círculo de Viena, muchos de cuyos miembros eran judíos, por el ascenso del nacional socialismo en Alemania y la anexión de Austria.

Esa valoración inspira también la propuesta de Strawson de una «metafísica descriptiva». Se trata de una metafísica que, para comenzar, abandona las desmesuradas ambiciones de esa otra, que apellida «revisiónista», cuyos mejores ejemplos son los sistemas elaborados por el genio de Hegel y Marx, a la cual pertenece también el científicismo en la presente interpretación.

Para Strawson, por contraste, la tarea del análisis es identificar con claridad las

conexiones (como lo es, por ejemplo, la «presuposición») entre los conceptos más generales del lenguaje cotidiano, aquel con el cual vivimos y nos relacionamos las personas más allá de nuestra diversidad intrínseca, que Strawson celebra en su ensayo «Moralidad Social e Ideal Individual».

Con su trabajo comenzaron a recrearse las condiciones que, al tiempo, hicieron que la especulación metafísica volviera a ser una ocupación legítima en Oxford. La valoración de la diversidad humana y el lenguaje ordinario que la expresa, lo que he denominado aquí «cotidianismo», permitía también disolver dilemas filosóficos. Tal es el caso de la relación entre la libertad y el determinismo, tema de su magistral ensayo «Libertad y Resentimiento» (Paidós. 1995).

Strawson reconoce que, a veces, es posible comprender la conducta humana como el resultado de condiciones que determinan a los individuos. Pero el precio es que ya no corresponda reaccionar en términos morales y evaluarla como, en sentido estricto, una conducta propia de seres humanos.

Por una brusca detención del bus, sin querer, piso a la persona junto a mí. Una vez que le ofrezco mis disculpas, ya no procede que la víctima del pisotón experimente resentimiento hacia mí o que repruebe en términos morales lo ocurrido, por dolorosas que hayan sido sus consecuencias. Sin embargo, estas prácticas lingüísticas cotidianas (como, por ejemplo, dar y aceptar excusas en ciertas circunstancias) no permiten imaginar un mundo en el cual la conducta individual sea siempre resultado del determinismo.

En su *Individuos. Un ensayo de metafísica descriptiva* (Taurus. 1989) sostuvo que los objetos básicos a los cuales hacemos referencia cuando hablamos son de dos tipos: cuerpos materiales y

personas. El segundo capítulo es una acrobacia digna de estudio, entre otras razones porque muestra cómo es posible ser imaginativo en filosofía sin perder por ello el rigor argumentativo. Su tema es la pregunta acerca de si una conciencia, algo capaz de distinguir entre sí misma y una realidad distinta a ella, podría existir en un mundo que solo contuviera experiencias auditivas.

En *Los límites del sentido* (Siglo XXI. 2000) Strawson ofreció una interpretación que fue tan controvertida como influyente de otro hito en la historia del cientificismo, la *Crítica de la Razón Pura* de Kant (1781), continuando así con la discusión de temas clásicos como el tiempo, el espacio, el sujeto, la percepción y la causalidad.

Strawson cultivaba su sentido del humor y sabía reírse de sí mismo. Durante una comida, un graduado neozelandés que estudiaba relaciones internacionales le preguntó si en su próximo seminario sobre Kant se discutiría *Paz Perpetua*, el opúsculo del filósofo de Königsberg sobre ese tema. Algo perplejo, Strawson respondió con ojos chispeantes: «Oh, no, no... ¿Cuál pudiera ser el provecho de discutir acerca de lo que nunca existirá?» Su sagaz interlocutor, con una sonrisa en los labios, contrapreguntó de inmediato: «¿Quiere usted decir, profesor Strawson, en contraste con la *Razón Pura*?». Ante la ironía *sir* Peter fue el primero en estallar en una carcajada.

Como la gran mayoría de los académicos en un *college* de Oxford, además de investigar y presentar sus resultados en libros y artículos, Strawson dedicó casi cuarenta años de su vida a una intensa docencia de pregrado y posgrado. En este último ámbito supervisó muchos alumnos extranjeros con lo cual su impacto formativo se extendió más allá del Reino Unido. Tampoco rehuyó las múltiples otras cargas que recaen sobre

los académicos oxonienses, que se gobiernan a sí mismos en una comunidad que es, en sentido literal, una república de las letras. Fue miembro de la British Academy de Londres y del comité de honor de Collège International de Philosophie de París. En reconocimiento de su obra, la Reina de Inglaterra ordenó caballero en 1976 a quien hasta entonces fuera conocido solo como P.F. Strawson.

En 2004 *sir* Peter aceptó presidir *in absentia* el comité de honor de las Primeras Jornadas Internacionales de Ciencias del Derecho «Prof. Dr. Aníbal Bascuñán», convocadas en la Facultad de

Derecho de la Universidad de Chile para debatir en torno al tema «De la ley divina a la ley del mercado: Maimónides, Locke y Kant». Menciono esta última circunstancia con la esperanza de que se me excusará por concluir este homenaje de la única manera en que puedo hacerlo, con una nota personal. Esto es, expresando mi duradera admiración y gratitud hacia quien fue el primero de mis maestros en Oxford y que, a lo largo de los veinticinco años transcurridos desde que la generosidad del Balliol College me permitió iniciar ahí mis estudios de postgrado, se convirtió en un muy querido amigo mayor.